

Vista de Brusa, en Asia Menor, una de las ciudades conquistadas por Orkán y que convirtió en capital de su reino. Destacan las edificaciones de la Mezquita Verde y el Mausoleo Verde. En Brusa están enterrados los seis primeros soberanos turcos.

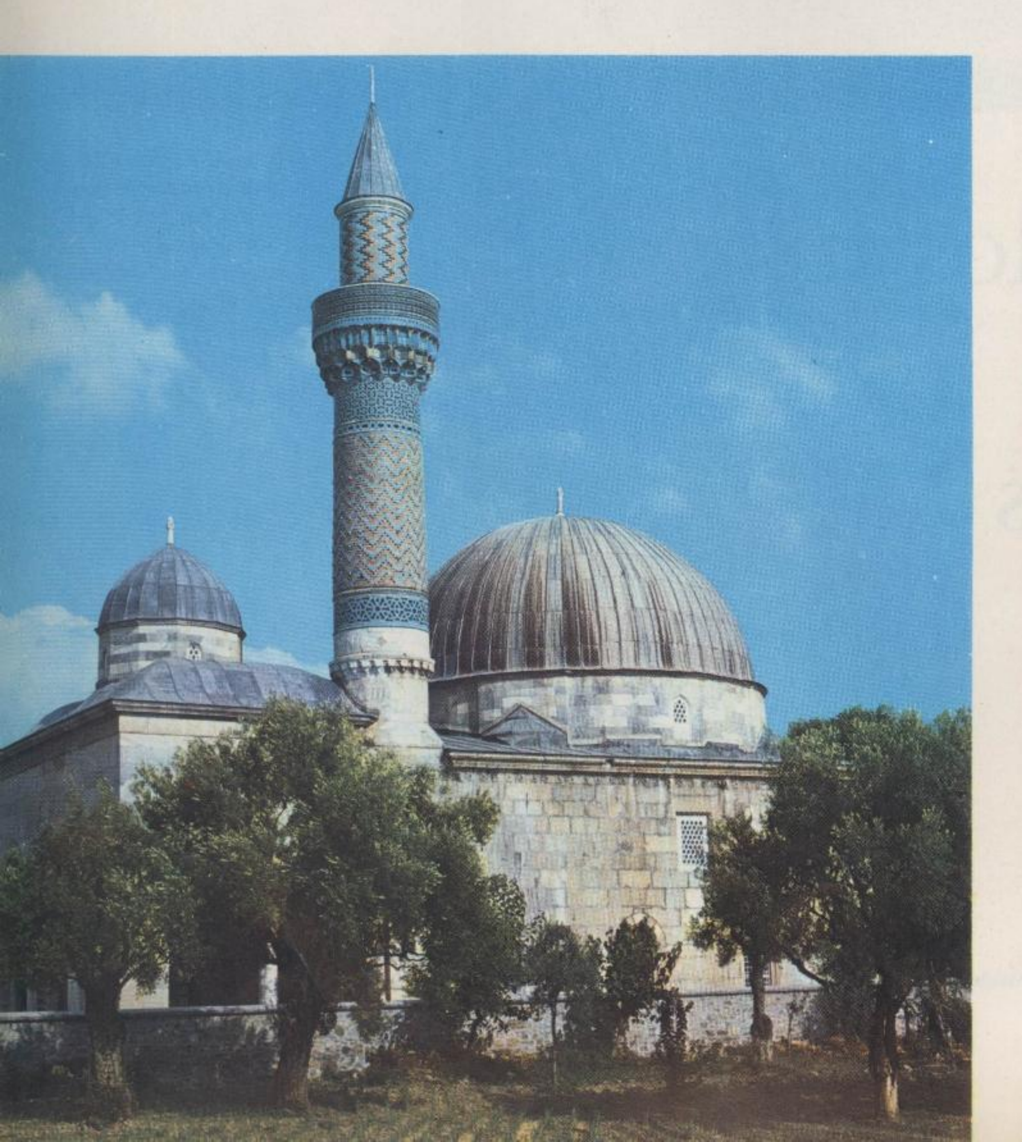
Avance de los turcos en Europa en los siglos XV y XVI

Plinio menciona ya a los turcos; los incluye entre los pueblos trashumantes que viven al norte del Bósforo; *vastas sylvas occupant,* dice Pomponio Mela hablando de ellos. Gentes de raza turania, muy mezclada con sus vecinos arios, permanecieron inactivas hasta que las hordas de mongoles las empujaron a las tierras del Asia Menor. Aprovechándose de la destrucción del califato de Bagdad por los mongoles, un grupo de turcos empezó a establecerse sólidamente en la frontera de Armenia. El primer caudillo de estos recién llegados se llamaba Ertogrul; él fue, según se cuenta, quien tuvo la visión de la media luna que iba creciendo de los pechos de su enamorada, y que tenia que ser el símbolo de la nación turca. El hijo de Ertogrul, Osmán, es venerado todavía por los turcos como el fundador de la nación; de aquí que éstos se llamen *osman-*

RELACIONES DE ESPAÑA CON LOS TURCOS DURANTE LA EDAD MEDIA

El interés de las gentes de la península ibérica por las cosas del Asia Central, y muy en concreto por los turcos, parece venir de muy lejos. La imitación, a veces servil, que los reyes de taifas hicieron de las modas del califato abbasí les llevaron a introducir entre sus esclavos a los turcos ogguz, quienes, posiblemente, llegaron en manos de los mercaderes que monopolizaban el comercio con el Asia Menor; más tarde encontramos otros turcos o mongoles sirviendo como soldados tanto en los ejércitos de Granada como en el castellano y, finalmente, llega el primer contacto directo entre las gentes de la península y las del Asia Central. Enrique III el Doliente, que había oído hablar de las hazañas de Tamerlán, envió a éste una embajada, presidida por Ruy González de Clavijo, que llegó a Asia en un momento del máximo interés histórico: en el del enfrentamiento del turco otomano Bayaceto con el señor de los nómadas del Asia Central. Y la embajada castellana se enteró al detalle de los acontecimientos que le tocó vivir hasta el punto de que su relación del viaje aún hoy constituye una notable fuente de conocimiento de la historia de esos acontecimientos. "Las razones por las que el turco y Tamorlán —dice— se conocieron y el segundo fue a luchar a tierras turcas y a pelear con el primero, fue esto: un caballero llamado Tratan, señor de esta ciudad de Arzinga, tenía sus tierras fronterizas con las del señorío de Bayaceto. Y el turco, codiciando estas tierras, le envió a decir que se le atributase y que le entregase el castillo fuerte de la tierra. Tratan dijo que le placía de conocerle señorío y de darle tributo, pero que no le entregaría la fortaleza. El turco envió decirle entonces que le convenía de dársela, y que si no lo hacía, que había de perder toda la tierra..." Pero Tratan, lejos de arredrarse, pidió auxilio a Tamerlán y "Bayaceto, que nunca había oído de Tamorlán, a no ser en aquella hora, y teniendo que no había en el mundo hombre más poderoso que él, acogió esto con tan grande saña que era maravilla..." y le desafió. Los dos ejércitos, después de una serie de maniobras, terminaron por chocar. "Como no se podían avenir el turco y Tamorlán, reunieron sus gentes. Tamorlán, que la tenía más presta, partió de Persia y se vino para Turquía... y llegóse a tierra de Arzinga y a la ciudad de Samastra. Cuando el Bayaceto supo que Tamorlán estaba en su tierra, dejó el camino que traía y la impedimenta de su hueste en un castillo llamado Angora, y tomó su gente y fuese para Tamorlán. Este que supo el ardid del turco, dejó aquel camino que llevaba y tomó a la izquierda por una montaña. Cuando el turco llegó a par de Samastra, supo como Tamorlán había dejado el camino que llevaba y había tomado otro, pensó que huía y fue en pos de él cuanto más pudo. Tamorlán, en cuanto hubo estado ocho días en las montañas, volvió al camino llano y se fue al castillo de Angora, donde el turco dejó su impedimenta y robósela. Al saber que Tamorlán estaba sobre Angora, anduvo el turco cuanto más pudo, y cuando llegó, traía la gente cansada. Tamorlán había hecho aquel rodeo para desordenar sus planes, y allí tuvieron que pelear y fue vencido y preso el turco."

J. V.



lies, que quiere decir descendientes de Osmán; pero como los europeos pronunciaron *Otmán*, por este error se les llama *otomanos*. Entre las reliquias del tesoro de Constantinopla se guarda el sable de dos filos y el estandarte de Osmán, u Otmán, al lado del manto del profeta Mahoma.

Orkán, hijo de Osmán, consiguió extender su autoridad hasta el Bósforo. A mediados del siglo XIII conquistó a Nicea (llamada desde entonces Isnik), Nicomedia y Brusa, de la que hizo su capital. En Brusa fueron enterrados los seis primeros soberanos turcos; sus sarcófagos están rodeados de más de quinientas sepulturas de bajaes, santones, poetas y jurisconsultos. Otro centro de la primitiva civilización turca fue Nicea. La iglesia donde se había reunido en 325 el gran concilio ecuménico convirtióse en mezquita y se fundó allí una escuela de derecho y teología que todavía subsiste. En fin, Orkán preparó las conquistas de sus descendientes con la creación de la milicia profesional turca: los batallones de jenízaros. Para formarlos se seleccionaban a los

La Mezquita Verde en la antigua Nicea, ciudad también conquistada por Orkán.

más robustos niños cristianos, del botín de las ciudades o del mercado de esclavos, y se los educaba según los principios del Islam y para la vida militar. El escoger a hijos de cristianos para pelear contra cristianos no se hacía por simple rencor, sino porque se necesitaban muchachos "sin familia, para que pertenecieran enteramente al monarca". Tales personas debían reclutarse entre esclavos, y como el Islam no admite esclavitud de los creyentes, había que buscarlos entre los cristianos. Pero se hacían libres al crecer dentro del Islam, en tanto que adquirían hábitos guerreros. "¿No ha dicho por ventura el profeta que todos, al nacer, nacemos mahometanos? No habrá, pues, más que beneficio para ellos al devolverlos a la verdadera religión, aunque no fuera ésta la que practicaron sus padres." Tales son, por lo menos, las palabras del santón que aconsejó a Orkán la creación del cuerpo de jenízaros. El nombre es una corrupción latina de *Yengi-Cheri,* que quiere decir, en turco, soldados nuevos. Al principio sólo se agregaban cada año mil soldados al cuerpo de los jenízaros, pero poco a poco se fue elevando la cifra de los reclutas, y algunos años estas levas llegaron a los cuarenta mil bisoños. Esto explica la fuerza militar de Turquía, y también su debilidad, porque dependía de unas milicias adiestradas en el arte de la guerra, pero sin vínculos de raza ni familia, y casi sin religión. Los jenízaros se jugaban la vida por espíritu de cuerpo, pero, si se rebelaban, dejaban al estado turco completamente indefenso. Existía en ellos algo más que el pundonor del soldado, orgulloso de pertenecer a la milicia: había cierto odio de casta, con una mentalidad casi salvaje, que los hacía irresistibles en el combate. Con estas milicias sin patriotismo, aunque bien disciplinadas, Turquía llegó a ser una de las potencias militares de Europa hasta mediados del siglo XVII.

El episodio del paso, por los turcos, de la ribera asiática a la de Europa es, en la leyenda, una novela de aventuras. Una noche del año 1357, reinando todavía Orkán, su hijo Suleimán cruzó el Helesponto en unas armadías, acompañado sólo de sesenta jenízaros. Ya en la costa europea, sorprendió a las gentes de la población bizantina de Tzimpo, llevándose las barcas que había en el puerto. Estas embarcaciones de pescadores fueron la primera armada turca. La realidad es que en la lucha entre Juan Cantacuzeno (Juan VI) y los Paleólogos, el primero, cuya hija casó con el propio Orkán, llamó



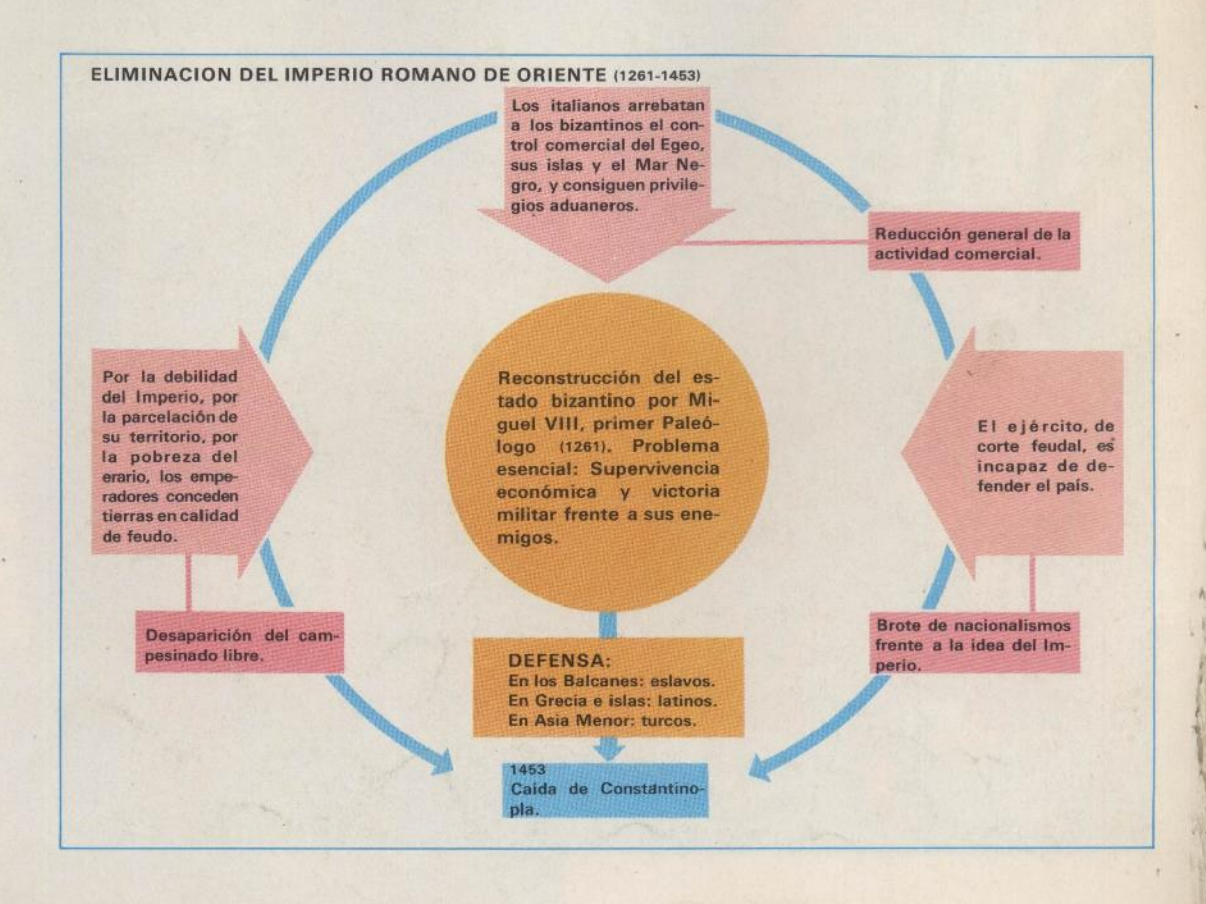
Desfile actual, realizado en Esmirna, que evoca el paso de los antiguos jenízaros, la tropa escogida creada por Orkán y en la que residió durante siglos la fuerza militar de Turquía.



en su ayuda a los turcos y consintió su establecimiento en la costa europea, en Tzimpo. No fue posible arrojarlos después y desde allí se extendieron hasta Gallípoli. No satisfecho con la posesión de Gallípoli, Suleimán, casi sin el consentimiento de su padre Orkán, fue conquistando tierras y ciudades en Europa; a su muerte, de una caída de caballo, en el año 1359, había llegado hasta Rodosto. Su hermano Murad, que sucedió a Orkán, continuó las campañas de Suleimán en Europa, conquistando a Adrianópolis. La estratégica situación de Adrianópolis decidió a Murad a trasladar allí la capital. Brusa quedó como una ciudad santa del Asia, y Adrianópolis, en Europa, fue la sede del gobierno hasta que un siglo después, en el año 1453, con la caída de Constantinopla, los turcos pudieron establecerse en el prestigioso solar de la antigua Bizancio.

Si se conocen los detalles de la historia de esta época, no parecerá extraño que los turcos tardaran casi un siglo en trasladar la capital de Adrianópolis a Constantinopla, separadas por poco más de doscientos kilómetros. Pero no fueron los emperadores bizantinos los que les detuvieron: fueron los servios y los mongoles, los unos amenazando desde el Occidente y los otros atacando por el Oriente, quienes impidieron el avance de los turcos. Hacía ya tiempo que la pequeña nación servia venía engrandeciéndose a expensas de Bizancio cuando los turcos se

El sultán Murad I (miniatura turca del ms. 140; Bibliothèque Nationale, París). El hijo y sucesor de Orkán continuó las conquistas de su padre y hermano por Europa y se apoderó de Adrianópolis, adonde trasladó su capital. También luchó contra servios y búlgaros. Destrozó a los primeros en Kossovo y ocupó a Tirnovo, la capital de los búlgaros.



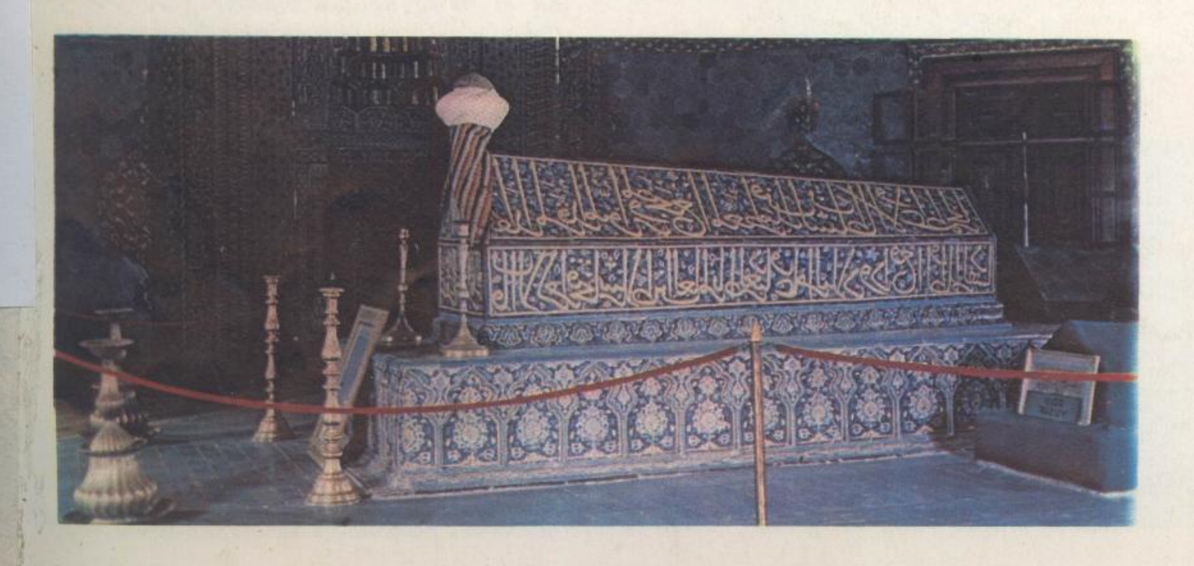
establecieron en Europa. El choque entre servios y turcos era inevitable desde la conquista de Adrianópolis. En 1387 los turcos habían sido derrotados por los servios, pero éstos fueron finalmente vencidos en 1389 en la llanura de Kossova. La batalla de Kossova es uno de los grandes jalones de la historia. Para reparar el daño sufrido en Kossova, servios, búlgaros y albaneses han venido luchando hasta nuestro siglo. La jornada de Kossova fue fatal hasta para los turcos vencedores, pues el sultán Murad fue asesinado por un servio. Lázaro, rey de los servios, hecho prisionero por los turcos, fue ajusticiado. La muerte de los dos monarcas debía naturalmente paralizar a ambas naciones por algún tiempo. Además, por Oriente aparecían otra vez los mongoles, reavivadas sus energías con la personalidad poderosa de Tamerlán. Cuando el hijo de Murad, Bayaceto I, comenzaba a avanzar otra vez hacia Hungría, viose obligado a retroceder para detener al Gran Khan, que estaba ya en el Asia Menor. El choque de turcos y mongoles prodújose en el llano de Angora el año 1402. Y he aquí otro jalón de la historia: Bayaceto fue vencido y cayó prisionero, pero la batalla hubo de ser tan sangrienta, que Tamerlán no se sintió con fuerzas para continuar atacando hacia Occidente y regresó para conquistar la China, última aventura de su vida, en la que halló la muerte.

Bayaceto murió, según se dice, encerrado por Tamerlán en una jaula de hierro. Había dejado cinco hijos, todos pretendientes al trono. Sus discordias retardaron también el avance turco. Uno de los hijos de Bayaceto se apoyaba en el espectro de emperador bizantino que reinaba dentro de los muros de Constantinopla. Otro se alió con el déspota que todavía gobernaba a los servios. Otro en Asia... Desde 1402 a 1421, Turquía vivió un período de guerras civiles: las de los hijos de Bayaceto. Por fin uno de ellos, llamado Mohamed I, consiguió recobrar los estados de su padre y prepararlos para su mayor engrandecimiento. Murió en 1421, nombrando sucesor a su hijo Murad, llamado el segundo, que sólo contaba dieciocho años.

Irritado por los auxilios que el emperador había concedido a su tío y a su hermano, Murad II puso el primer sitio a Cons-



Mohamed I (Galleria degli Uffizi, Florencia). El sucesor de Bayaceto tuvo que luchar contra sus hermanos para hacerse con el poder y reconstruir los estados de su padre. Las relaciones con Constantinopla fueron pacíficas durante su reinado.


Mausoleo de Mohamed I en Brusa.

tantinopla. Esta vez los turcos hubieron de retirarse, y el pueblo de Bizancio lo atribuyó a haberse aparecido una Virgen, vestida de color violeta y rodeada de una aureola de luz, en la brecha de las murallas. Lo cierto era que un nuevo peligro se cernía sobre los turcos por el Norte. Conmovido Occidente por la amenaza turca, el papa Eugenio IV convocó una cruzada, y un ejército, mandado por Juan Hunyadi y Ladislao de Polonia, acudió en socorro de Constantinopla. Pero los cruzados fueron vencidos por el sultán en la batalla de Varna (1444).

Episodio heroico de esta época es la resistencia del legendario Skanderbeg, cuyo nombre viene de Iskander-Bey, o Alejandro-Bey, como le llamaban los turcos. Había sido enviado con sus hermanos, como rehén, a la corte de Murad II. Convertido al mahometismo, era el preferido del sultán, que le animaba llamándole otro Alejandro (o Iskander) el Grande, que es como se habla de Alejandro en el Alcorán. En un momento propicio, Skanderbeg escapó de la corte turca, arrancando antes, a la fuerza, una orden del ministro del sultán para que le entregaran las llaves de la capital del Epiro. Skanderbeg reunió a todos los caudillos montaneses del Epiro y de Albania, y durante un cuarto de siglo desbarataron, uno tras otro, a todos los ejércitos turcos enviados para subyugarlos.

El hijo de Murad, Mohamed II, se decidió a emprender la conquista de Constantinopla el año 1453. Mandó fundir cañones colosales, reunió una flota de doscientos ochenta navíos, y su ejército se aumentó hasta doscientos cincuenta mil jenízaros y voluntarios. Mohamed II poseía una educación excepcional para un monarca turco. Con aficiones científicas y literarias, creía poder augurar las fechas que serían favorables para sus empresas militares. Además del turco, hablaba el árabe, el persa, el hebreo, el griego y el latín.

Dentro de la gran metropoli regida por el emperador Constantino Paleólogo, todavía muy joven, las fuerzas militares eran muy reducidas. Pero su pueblo contaba, naturalmente, con la protección de las divinas po-



La restauración de los Paleólogos no hizo que Bizancio recobrara su posición de gran estado único a caballo entre el Asia Menor y los Balcanes. La característica de estas zonas siguió siendo la fragmentación política y la extrema variabilidad de las fronteras todavía durante un siglo. Para las ardorosas e inquietas tribus turcomanas es un momento de apogeo; demasiado alejados los sultanes mongoles para poder controlarlos, sin ninguna defensa en Asia Menor, erran libremente y dejan sentir su amenaza sobre las últimas dependencias bizantinas: Trebisonda, Armenia. Cada grupo, cada jefe, se talla un pequeño estado. Entre éstos destaca por su proximidad a Constantinopla el pequeño territorio que ocupan los turcos u osmanlíes.
En el norte de los Balcanes, Hungría y Polonia parecen muy próximas a los países occidentales. Como en aquéllos, sus monarcas tratan de afirmar su autoridad contra la nobleza feudal; se vive una época nacionalista, muy brillante culturalmente (fundación de la universidad de Pécs en Hungría y Cracovia en Polonia), y el país se extiende.
Hungría, bajo Luis el Grande, alcanza su máxima extensión; tiene bajo vasallaje a Valaquia y Moldavia, y lucha en Dalmacia por expulsar a Venecia. Polonia, cuyo rey Casimiro el Grande cede Silesia a los alemanes, conquista Galitzia y Volinia a los principados rusos. Sobre éstos, organizados en pequeños principados independientes, pesa también el afán expansivo del ducado de Lituania.

testades, y en particular *la Panagia,* o Madre de Dios, que ya se había aparecido cuando el ataque de Murad II. "Mi confianza está en Dios –respondió el emperador bizantino al sultán turco–; si a El le place amansarte, yo me alegraré de tu amistad, y si El te entrega a Constantinopla, me resignaré a sus decretos; pero mientras yo no vea clara su voluntad, mi deber es vivir y morir defendiendo a mi pueblo."

Constantino Paleólogo esperaba, además, auxilio de la cristiandad occidental. Había enviado delegados, que no pudieron conseguir del papa más que la promesa de que predicaría una cruzada si los griegos definitivamente, y sin reservas, se reunían a la Iglesia latina. Pero esto no era cosa fácil. Algunos cismáticos habían caído ya bajo el yugo turco, y para ellos la unión de las Iglesias no tenía el mismo interés político que para los griegos de Constantinopla. Los emperadores, sin embargo, no cesaron de esforzarse para conseguir la unión, que era el preliminar de la cruzada. Ya en 1369 el emperador Juan V Paleólogo había visitado a Roma, consintiendo en besar las sandalias del pontífice. Su hijo Manuel no sólo fue a Italia para implorar alianzas, sino que hasta visitó con idéntico fin las cortes de Francia e Inglaterra. Juan VIII Paleólogo, en el concilio celebrado en Florencia el año 1439, asintió a todo lo que le pedían, y los representantes del papa y del patriarca se abrazaron en la catedral de Florencia. La escena se repitió después en la iglesia de Santa Sofía, al regresar el emperador del concilio. Así, pues, a pesar del disgusto que causó a la mayoría de los griegos ver mezclar en la comunión el agua con el vino, y las hostias de pan sin levadura, algunos aceptaron de buena fe las proposiciones del papa. Puede decirse que la cuestión religiosa no hubiera sido obstáculo para el socorro que se pedía en Oriente, pero a mediados del siglo XV el papado atravesaba una crisis de autoridad, y aunque el pontífice hubiese querido, su intervención

Skanderbeg, el legendario jefe de la resistencia albanesa a la ocupación turca.





Murad II (Galleria degli Uffizi, Florencia). Irritado el sultán por el apoyo que Constantinopla prestó a su tío y a su hermano, que le disputaban el trono, decidió acabar de una vez con la sombra de Imperio griego. Constantinopla resistió el asedio y Murad asoló la península de Morea. A pesar de este fracaso, el sultán de los turcos derrotó en Varna a los cruzados que, al mando de Juan Hunyadi de Hungría y Ladislao de Polonia, acudían en socorro de Constantinopla.



La fortaleza de Rumeli-Hissar, elevada en la orilla europea del Bósforo por Mohamed II para cortar las comunicaciones de Constantinopla con las zonas del Norte y del mar Negro.

NOTAS SOCIOECONOMICAS DEL IMPERIO TURCO

A los cautivos de la Sublime Puerta les extrañaba en el siglo XVI el peculiar sistema de gobierno y organización social de la pujante Turquía. Pero creían poder adivinar las dos grandes líneas del mismo: 1.º todos los súbditos eran esclavos del soberano; 2.º los turcos tenían aversión a los grandes edificios de tipo privado. La primera observación aparece reiteradamente en los textos de la época. Así, el *Viaje de Turquía* dice: "Juan: Espántame decir que todos sean allá esclavos, si no el Rey'. —Pedro: Todos lo son, y muchas veces veréis uno que es esclavo del esclavo del esclavo..." Naturalmente, esos mismos cautivos se plantearon el valor de un ejército constituido por milicias esclavas —al fin y al cabo, los jenízaros lo eran— y no siempre acertaron a comprender las causas de sus victorias; faltos de conocimientos históricos, no se dieron cuenta de que a lo largo de los siglos han existido varios estados administrados y dirigidos por esclavos. Pero la raíz del problema —aunque los políticos y eruditos de la época no la adivinaron— radica en la segunda observación: en el poco apego de los turcos por los bienes inmuebles, reflejo de su originaria procedencia nómada. La técnica de gobierno implantada por la Sublime Puerta no se diferenciaba, en esencia, de la que un propietario de ganados utiliza con sus reses: lo único que importa es sacar el máximo provecho. De aquí que un funcionario desafortunado pagara con su vida, y sin recibir explicaciones, sus errores, igual que si fuera un animal; que la familia imperial, por línea femenina, tuviera una ascendencia de esclavos; que los hermanos y parientes del nuevo soberano fueran ejecutados para que no pudieran tener ambiciones; que los jenízaros (cuerpo de élite formado por los niños cristianos arrancados a sus padres en la tierna infancia, convertidos al Islam y educados en una disciplina feroz) no tuvieran posibilidades de contraer matrimonio hasta que las fuerzas físicas empezaban a declinar y que el terreno conquistado fuera visto como una gigantesca granja en la que lo de menos era la extensión territorial y lo de más los beneficios que producía; en ella los operarios eran cristianos, judíos y los musulmanes que no pertenecían a la familia del señor, es decir, que no eran turcos. Todos ellos, agobiados de impuestos —más reducidos para los últimos—, tenían que rendir el máximo y carecían prácticamente de derechos frente al estado, aunque los tuvieran extensos y reglamentados dentro de su respectiva comunidad. En justa correspondencia, el estado les concedía la gracia de no admitirlos en las filas del ejército.

J. V.

en favor del Imperio bizantino no hubiera sido muy eficaz.

Mientras en Constantinopla se debatía si *debía preferirse el turbante del turco al sombrero del cardenal*, y si Santa Sofía había quedado o no profanada por la comunión con los latinos, Mohamed II iba asentando sus baterías de cañones contra la muralla que defendía la capital por la parte de tierra. Hacía poco que el empleo de la pólvora había sido enseñado a los turcos por renegados cristianos, y en esta ocasión les sirvió de mucho, aunque no fuera más que para darles ánimo con estrepitosas descargas.

Por fin, el sultán imaginó desmoralizar a los griegos introduciendo su armada dentro del Cuerno de Oro; éste estaba cerrado por una cadena y bien defendido. Mohamed II ordenó trasladar por tierra ochenta galeras, haciendo construir unos terraplenes con tablones engrasados en la península que por el Norte cierra el puerto de Constantinopla. Los buques, colocados sobre unos andamios con ruedas, fueron arrastrados por los jenízaros. Se habían extendido las velas, y el viento, soplando favorable, ayudaba a los que tiraban de las cuerdas. La operación del transporte se realizó en una sola noche.

Con estas pruebas de tenacidad, y con este alarde de recursos ilimitado, el sultán trató de intimidar al último de los emperadores bizantinos para obligarle a capitular. Hacía cincuenta días que duraba el sitio, y la artillería turca, por fin, había destruido cuatro torres. Pero en este momento angustioso el descendiente de los césares romanos se mostró digno de su cargo, prefiriendo morir en la brecha a rendir Constantinopla a los mahometanos.

Convencido Mohamed II de que los augurios eran favorables para el día 29 de mayo de 1453, ordenó el ataque general para este día. "La ciudad será mía y sus edificios no deben destruirse –dijo el sultán al ofrecer Constantinopla al saqueo de sus tropas–, pero os entrego sus habitantes y sus tesoros. Sed ricos, gozad del premio al valor." Por su parte, el emperador bizantino trató también de animar al puñado de defensores que le rodeaban con una oración que mejor parece un discurso fúnebre que la arenga de un caudillo.

Al alborear el fatal 29 de mayo, Mohamed II, con una maza de hierro en la mano, y rodeado de una guardia de diez mil jenízaros, emprendió el asalto. A su espalda, una hilera de verdugos se hallaban preparados para decapitar a los que huyesen o se portaran cobardemente en el combate. Los turcos, victoriosos al fin, penetraron en la brecha de las murallas, defendida por un puñado de héroes, y el joven emperador cayó rodeado de sus dignatarios y servidores.

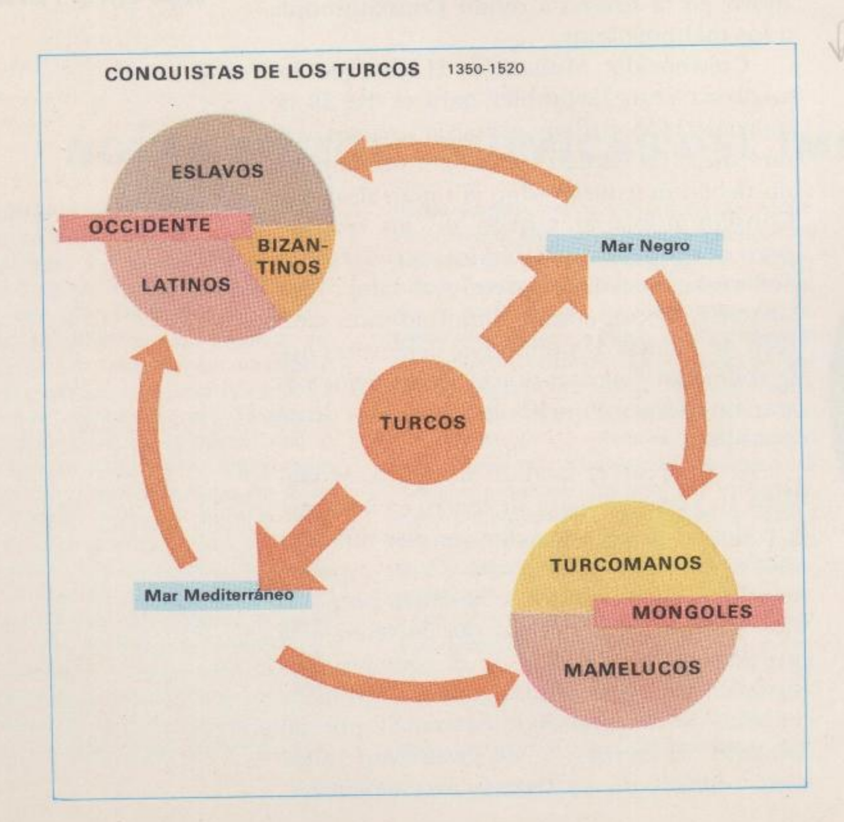


Mohamed II, el conquistador de Constantinopla (Galleria degli Uffizi, Florencia).



Medalla de Mohamed II, acuñada por Gentile Bellini (Kunsthistorisches Museum, Viena).

Tiempo después de la conquista, los turcos elevaron esta tribuna en Santa Sofía para que los sultanes pudieran asistir, separados del pueblo, a la oración.



Una vez dentro de la ciudad, los turcos no encontraron resistencia. Prelados, senadores y religiosos quedaron convertidos en esclavos del primero que pudo echarles mano. Se ha calculado que el botín, en joyas y dinero solamente, alcanzó a cuatro millones de ducados. Al mediodía, Mohamed II hizo su entrada en la ciudad por la puerta de San Román. Atravesó el hipódromo y entró en Santa Sofía. Al día siguiente, que era viernes, el almuédano subió a hacer su pregón desde una de las torres, y el propio sultán recitó sus plegarias a Alá en el presbiterio del antiguo templo de Justiniano.

Aprovechándose del terror que produjo la caída de Constantinopla, Mohamed II acabó la conquista de Grecia, Servia y Valaquia. Pensaba seriamente en invadir a Italia y tenía ya un punto de desembarco en Otranto, que conquistó sin dificultades en el año 1480. Pero como preliminar de la campaña de Italia era preciso limpiar de gentes latinas el Mediterráneo oriental y ganar sobre todo la isla de Rodas, defendida por

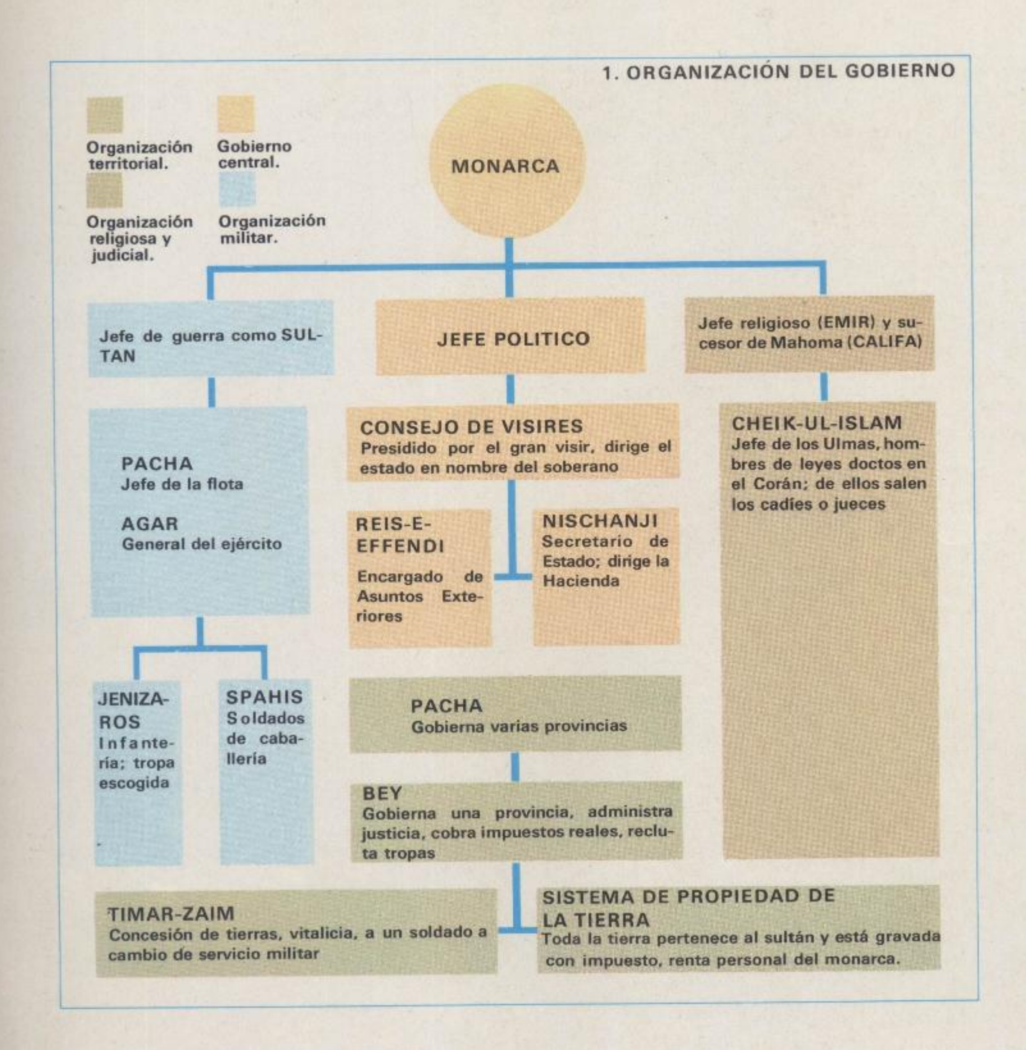


Santa Sofía, la iglesia de Justiniano, fue convertida en mezquita el mismo día, o todo lo más el siguiente, en que los turcos entraron en Constantinopla. Este templo dio la pauta para las mezquitas construidas por los turcos.

los caballeros de la Orden militar hospitalaria de San Juan de Jerusalén. Previniendo el ataque, el gran maestre Pierre d'Aubusson había llamado a todos los miembros de la Orden y éstos habían acudido, juramentándose para morir antes que rendirse. Los turcos llegaron con ciento sesenta galeras delante de Rodas, en mayo de 1481. Dos meses después tenían que reembarcarse, habiendo experimentado grandes pérdidas: nueve mil muertos y quince mil heridos. El sitio de Rodas probó a la cristiandad que los turcos no eran invencibles. Mohamed II debió de sufrir también el efecto moral de su fracaso; por lo menos, así lo hace pensar el hecho de que muriera poco después del regreso de su armada.

Durante el largo reinado de Mohamed II, Turquía regularizó sus instituciones. Las leyes que se atribuyen a la inspiración personal del sultán forman una constitución que es además un código religioso. Se llama el *Kanun-Namé,* canon o ley fundamental, y está dividido en tres partes. Una trata de la jerarquía, o sea el gobierno; otra, de las ceremonias, y la tercera trata de los castigos, multas y precio de los cargos públicos. Sorprende sobre manera esta supervivencia en la Europa del Renacimiento de una concepción oriental del estado, pero aún más sorprende su éxito, su extremada eficacia.

En el *Kanun-Namé* impera el número cuatro, porque cuatro son los ángeles que sostienen el Corán, y cuatro los califas discípulos de Mahoma de los que arranca la tradición, que es un suplemento de la revelación. El estado es comparado a una tienda de campaña, con cuatro lados, y el gobierno lo simboliza el lado donde está la puerta; por esto se llamaba al gobierno turco *la Sublime Puerta*. Los cuatro soportes de la puerta son los cuatro ministros, porque en un estado patriarcal como Turquía debían bastar cuatro ministros. Uno era el gran visir, que decidía los negocios públicos, tanto de gobierno interior como de política internacional. Los otros tres eran el ministro de la guerra, o juez del ejército, el minis-



tro de hacienda y el secretario o archivero. La pirámide del gobierno se ensanchaba por abajo con un número considerable de *beyes*, gobernadores de provincias, y de *bajaes*, que recaudaban los impuestos y reclutaban el ejército. Mohamed II hizo añadir a estos títulos un rudimentario catastro, con el valor relativo de cada fuente de ingresos, riqueza pública y privada que se podía gravar: minas, aduanas y multas.

Pero, sobre todo, la gran sorpresa de la legislación de Mohamed II es la creación del famoso cuerpo de los ulemas. Estos, en un principio, no formaban una casta sacerdotal, como generalmente se dice, sino que su condición e influencia se parecían más a las de los tradicionales letrados de la China. *Ulema* no es palabra turca, sino árabe, y quiere decir sabio. Los ulemas tenían que saber, por lo pronto, las tres lenguas indispensables para un osmanlí u otomano culto: el turco, el árabe y el persa. La educación de los ulemas se completaba con comentarios del Corán y de la tradición, de donde derivan toda la teología, la jurisprudencia y la ciencia islámicas. Los que se dedican al servicio del culto, como predicadores, lectores y pregoneros, no forman parte del cuerpo de los ulemas, y no tuvieron ninguna influencia en Turquía. Pero los ulemas, como los mandarines y los letrados chinos, fueron escuchados y aun temidos por todos los sultanes inteligentes. Los ulemas acabaron siendo como una especie de beneficiados de las mezquitas, aunque en un principio fueran sólo letrados, actuando como consejeros de la administración. En los pequeños lugares ayudaban a los beyes con sus conocimientos jurídicos, que naturalmente eran pura ciencia coránica. En las grandes ciudades ejercían de jueces y profesores, y el jefe de los ulemas debía aconsejar al sultán antes de dar una orden. Los ulemas formaban un cuerpo compacto, fraternidad bien disciplinada, que prestó grandes servicios al Imperio, pero al final, orgullosos y reaccionarios, retrasaron la transformación de Turquía en estado moderno.

Entre las leyes de Mohamed II se encuentra la que justifica el fratricidio real por razón de Estado: "Mis ilustres hijos y mis

Sitio de Rodas por los turcos en 1481: ataque a la torre de San Nicolás (grabado de la época). Tras un sitio de dos meses, los atacantes de Mohamed II hubieron de retirarse sin haber podido eliminar aquel foco occidental junto a su imperio.

Plano de la ciudad de Constantinopla antes de su ocupación por los turcos.

nietos, al llegar al trono, pueden hacer morir a sus hermanos para asegurar el reposo del mundo".

Para la administración de justicia el testimonio de dos testigos bastaba como prueba, tanto en las causas civiles como en las criminales. No había apelación posible. El código de Mohamed II es terminante por lo que se refiere a este punto: "¿Puede revisarse de nuevo una causa que ha sido examinada jurídicamente, y en la que ya se ha dictado sentencia? –No".

Los castigos son naturalmente de tipo oriental. Un homicidio se paga con tres mil piastras; la pérdida de un ojo, con mil quinientas; una herida en la cabeza, con treinta.

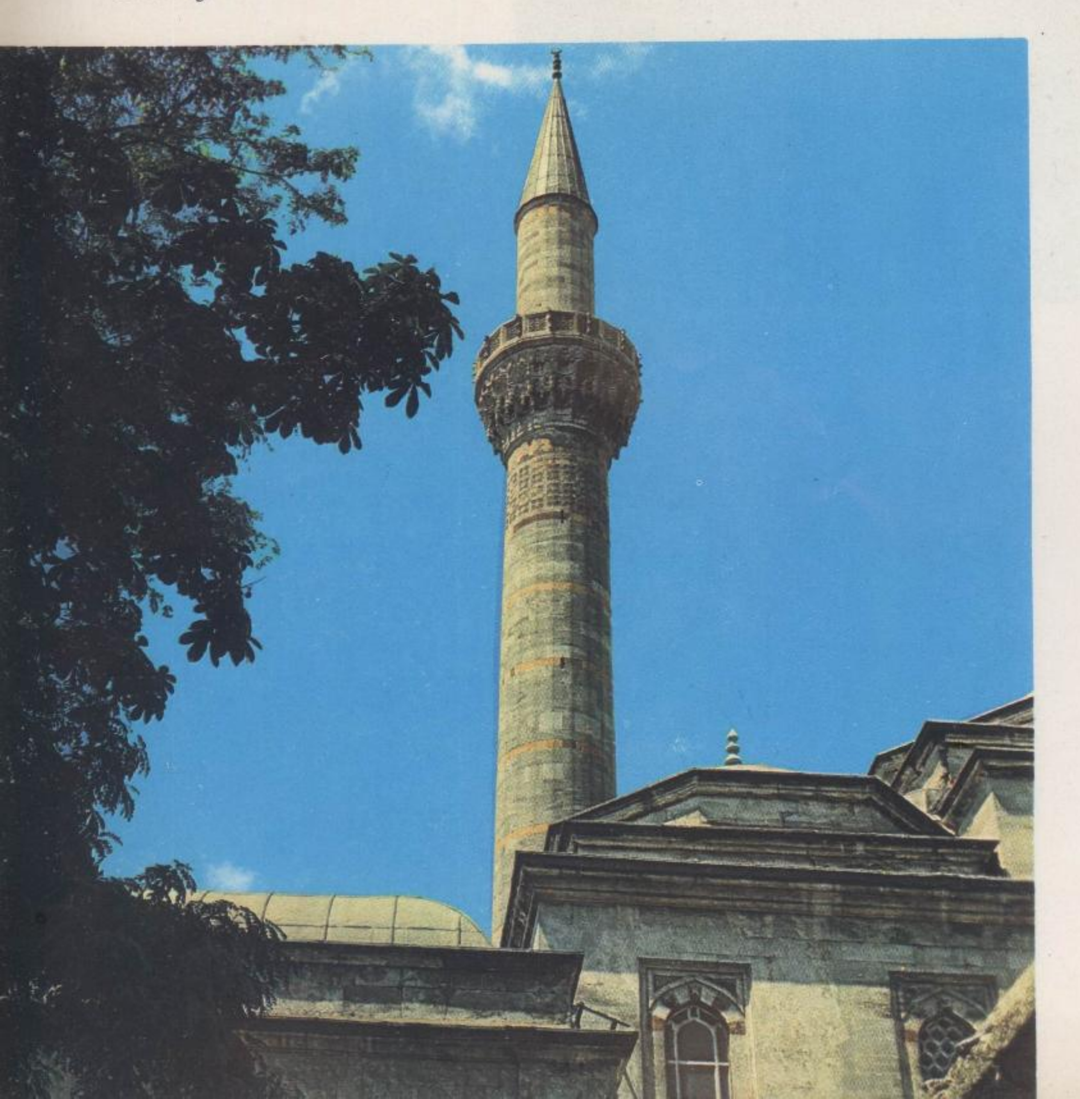
La sucesión de Mohamed II ocasionó



una guerra civil entre sus hermanos; el que triunfó fue Bayaceto II, pero el pretendiente derrotado, Djem, se refugió primero en la isla de Rodas, todavía en poder de los caballeros hospitalarios. Las aventuras del príncipe Djem en tierras de cristianos llenarían por sí solas un volumen como el presente. Los caballeros de Rodas le enviaron a Francia, donde fue encerrado en varios castillos, siempre esperando los cristianos la hora de utilizarlo como pretendiente para la guerra contra Turquía. Por fin, Djem creyó conseguir mejor trato cuando lo entregaron al papa. Bayaceto II pagó entonces al papa una anualidad de cuarenta mil ducados para que retuviera a su hermano, impidiéndole regresar a Oriente. Djem, durante tres años, vivió tranquilo en Roma, hasta que el nuevo pontífice. Alejandro Borgia, cambió el contrato con el sultán: los cuarenta mil ducados aumentarían hasta trescientos mil si Djem moría envenenado. Se supone que Alejandro VI prefirió los trescientos mil, de una vez, a los cuarenta mil anuales; el final misterioso de Djem en Nápoles, en 1495, hizo sospechar que su muerte había sido acelerada. Mientras Bayaceto II se libraba así de su hermano Djem, su hijo Selim se hacía popular entre los jenízaros. La rebelión franca o solapada del príncipe Selim duró varios años y por fin Bayaceto tuvo que abdicar. Con Selim llegó Turquía a su apogeo; conquistó a Persia, Palestina y Egipto, del que dependía la Arabia, con sus ciudades santas, La Meca y Medina. Las campañas de Selim han sido comparadas con las de Napoleón y Alejandro. Tenía, como ellos, poca afición a la vida del harén; prefería la caza y las batallas. Era alto, de larguísimos brazos, con la barba afeitada y poblados bigotes.

La conquista de Persia estuvo justificada por la idea religiosa de combatir la secta de los chiitas, que empezaba a hacer prosélitos entre los osmanlíes. Selim persiguió primero a los chiitas que había en sus estados, pero como Persia era el lugar de donde los chiitas recibían auxilios, se hizo imprescindible una expedición armada. El documento por el que Selim, el sultán turco, declaró la guerra al sha de Persia, Ismael, contiene párrafos que no podemos dejar de copiar: "Yo, el jefe soberano de los osmanlíes, héroe de los héroes, con la fuerza y el poder de Feridún, la majestad de Alejandro el Grande y la justicia y la clemencia de Cosroes. Yo, el exterminador de los idólatras, el destructor de los herejes, el terror de los tiranos y de los faraones. Yo, Selim, graciosamente me dirijo a ti, Ismael, jefe de los persas, tirano como Zoak y Afrasiaf, destinado a perecer como Darío, etc.". Esta tirada de libro de caballería va seguida de largos párrafos en los que Selim cita a menudo el Corán. Así, por ejemplo, el sultán añade: "Dios mismo ha dicho en su libro: –No hemos creado los Cielos y la Tierra para que sirvan de diversión". Hay que proceder rectamente, y como el sha de los persas era un hereje para Selim, esto bastaba para justificar *la intervención*. Es interesante ver aparecer en este sector de la humanidad que es el Islam aspectos del Renacimiento occidental: el cesarismo, impuesto como principio religioso, y el humanismo, que representan los nombres clásicos de Alejandro, Faraón, Darío y Cosroes junto a héroes mitológicos coránicos.

La conquista de Persia no fue muy fácil. Hasta los jenízaros se cansaron de perseguir al sha, que iba siempre retirándose hacia el interior. Se repetía la fatiga de los mercenarios que paralizó la marcha de Alejandro en el confín del mundo. Pero Selim no quiso retroceder. Por fin, el 23 de agosto de 1514, el sha de Persia se decidió a presentar batalla, porque suponía que los turcos habían llegado al mayor extremo de la fatiga. Sin embargo, la suerte de las armas deparó a Selim una gran victoria, y no hay duda que le favoreció mucho el disponer de artillería, de la que carecían los persas. El botín logrado en Persia fue enorme y se repitió el fenómeno de la conquista de Alejandro, po-



Alminar de la mezquita de Bayaceto, en Istambul (Constantinopla). Este sultán fue hombre muy piadoso y aficionado a la cultura. Abdicó en su hijo Selim.



Antigua representación de los jenízaros extrañamente tocados (Nationalbibliothek, Viena). En este cuerpo escogido de tropas se apoyó Selim para luchar contra su padre, Bayaceto II.

niendo en circulación los tesoros del Asia. Además, Selim hizo trasladar mil artesanos de Persia a Constantinopla, por lo que los turcos miran todavía a los persas como sus maestros en las técnicas artísticas.

Dos años más tarde Selim se ponía otra vez en marcha contra Palestina y Egipto. Estas regiones estaban entonces gobernadas por la aristocracia feudal de los famosos *mamelucos*. El nombre de mameluco quiere decir *esclavo*, y reclama una explicación. A principios del siglo XIII un sultán de Egipto formó una milicia análoga a la de los jenízaros, importando mil doscientos esclavos circasianos que fueron su guardia personal. Estos se rebelaron en 1252, matando a su amo e imponiéndose ellos como gobernantes. Bien unidos en una confederación militar, los mil doscientos mamelucos y sus descendientes dominaron a Egipto por más de dos siglos y aun conquistaron la Siria y Palestina. Se habían hecho mahometanos, pero no sentían gran entusiasmo religioso, y esto bastaba para incitar a Selim a acometerles. La campaña de Egipto fue aún más difícil que la de Siria; Selim obtenía siempre victorias imperfectas, porque dos o tres jefes que lograban escaparse renovaban la lucha. Vencidos en una primera batalla, los que escaparon con vida resis-

En menos de dos siglos, los turcos lograron apoderarse de los territorios balcánicos y del Asia Menor. Su tarea se vio facilitada porque sus enemigos no acertaron a coordinar su resistencia. No hubo alianza entre los eslavos y Bizancio, pero además, cuando Bizancio, en 1369 y 1440, solicitó ayuda occidental, no la obtuvo, y a su vez las cruzadas occidentales (Nicópolis, 1396; Varna, 1444) se vieron aplastadas, sin que los bizantinos hicieran nada por apoyarlas.



tieron todavía más de un año. Sólo en abril de 1517 pudo decir el vencedor: "Alabado sea Alá, el Egipto ha sido conquistado". Selim no se interesó por los monumentos de los faraones, que en otro tiempo ya habían despertado la curiosidad de Alejandro y que más tarde despertarían también la de Napoleón. Ni tan sólo quiso admirar las pirámides. Visitó, eso sí, las mezquitas, y quiso orar postrado sobre las losas del pavimento, sin los tapices que le habían preparado.

En Egipto encontró Selim un supuesto descendiente de los abasidas que llevaba aún el título de califa. Se llamaba Mahomed, y pretendía descender de Abbás, el tío del profeta, pero no tenía sino una sombra de autoridad religiosa, que servía para justificar el poder de los sultanes mamelucos. No fue difícil convencerle de que debía traspasar sus títulos de califa al conquistador osmanlí; más difícil ha sido desde entonces justificar esta usurpación de los sultanes turcos, porque ellos no eran coraichitas, es decir, de la

IDEAS DE LOS ESPAÑOLES ACERCA DE LOS TURCOS EN EL SIGLO XVI

El choque entre los intereses españoles y turcos se dirimió en aguas del Mediterráneo a todo lo largo del siglo XVI y quedó protagonizado por dos soberanos de gran talla: Carlos V, el Emperador, y Solimán el Magnífico (1520-1566). En grandes líneas, los turcos hicieron una guerra marítima sin cuartel y vieron aumentar la cifra de cautivos cristianos, muy en especial españoles, en todos sus dominios. Entre estos cautivos sabemos, por ejemplo, que se encontraba un marino que había acompañado a Cristóbal Colón en sus tres primeros viajes a América, quien les facilitó la primera carta náutica de las tierras recién descubiertas y que tal vez fuera la carta de Colón que hoy se da por perdida. De ser así, el mapa de Piri Reis, el almirante turco que había apresado al marino aludido, conservaría para las regiones occidentales del mundo el primitivo mapa colombino. Y a esos mismos cautivos se deben ideas que iban a influir en la posterior política internacional española y a aportar innovaciones técnicas de importancia en el material de guerra de la Sublime Puerta. Desde el primer punto de vista, los cautivos se extrañaban de que estando aliada Turquía a Francia, España no auxiliara a los persas, enemigos y vecinos de los turcos por su frontera oriental, enviándoles instructores que les enseñaran el manejo de la artillería, de la que carecían, y creando así un segundo frente capaz de aligerar la presión turca en la Europa central y en el mismo Mediterráneo. En el *Viaje de Turquía*, por ejemplo, se inserta este diálogo: "Pedro: ... Si tuviese este Sofí [el soberano persa] arcabucería, sin duda ninguna podría conquistarle [al turco] cuanta tierra tiene, y si nuestros príncipes cristianos fuesen contra el turco, había de ser cuando tuviese guerra con éste, que entonces no tiene fortaleza ninguna'. —Mata: Mejor sería hacer el ojo al Sofí, como quien dice: dad vos por allá y yo por acá; tomarle hemos en medio; mas poco veo que ganamos con todas sus discordias, como ellos han hecho con las nuestras".

La política así propugnada se llevó a la práctica mucho después, cuando Felipe III envió en 1618 la embajada de don García de Silva al chah Abbas I de Persia (1587-1628), que a su regreso por las estepas rusas trajo las noticias de la lucha entre el falso Dimitri y Boris Godunov que se insertaron en la comedia *El Gran Duque de Moscovia*, de Lope.

J. V.

tribu o familia del profeta, y ni tan siquiera árabes. No tenían otro derecho al califato que el haber conseguido Selim que sus legítimos poseedores le entregaran las sagradas insignias: el estandarte, el manto y la espada de Mahoma.

Selim reinó del año 1512 al 1520. Imagínese, después de este glorioso reinado, otro de su hijo Solimán, casi tan capaz como Selim y que reinó del 1520 al 1566. Cuarenta y seis años de política expansiva, avanzando más lentamente, pero también sin interrupción. En su tiempo cayeron Belgrado y Rodas, las dos plazas fuertes de la cristiandad en Oriente, y por fin los turcos llegaron delante de Viena, que se salvó por milagro. Un ataque a Malta también fracasó; en cambio, Solimán extendió sus fronteras hacia Oriente. El reinado de Solimán es también la época de la gran preponderancia naval de los osmanlíes, no sólo por sus formidables armadas, sino también por sus corsarios, que, hostigando siempre a los estados de Occidente, hacían casi imposible el comercio en el Mediterráneo. Solimán, anticipándose a Napoleón, llevó a cabo la creación de un cuerpo de inválidos para atender a los jenízaros imposibilitados por heridas o vejez. Se alistó él mismo en el primer batallón, e iba al cuartel, cuando podía, para recibir la paga que le correspondía como simple soldado.

La reputación de Solimán fue tan grande, que Francisco I de Francia, preso en Madrid,



Selim, el sultán turco que dedicó sus esfuerzos a la conquista de Asia y Egipto y recibió el título de "califa" (grabado de Gaspar Bouttats; Museo de Arte Moderno, Barcelona).



Detalle de las fortificaciones de la isla de Rodas, que si bien pudo oponerse a los turcos de Mohamed II, no pudo hacer lo mismo con Solimán el Magnífico, quien la expugnó. Con este sultán, el Imperio turco adquiere su máximo esplendor.

le escribió pidiéndole auxilio contra su enemigo Carlos V. Conservamos la contestación de Solimán. Con la elocuencia pomposa, desenfrenada, de los documentos turcos, le dice al rey de Francia que es propio de soberanos el ser hoy ricos y poderosos y mañana hallarse en cautiverio. Para el déspota de Constantinopla, Francisco I era un pequeño sultán cristiano a quien no valía la pena de prestar mucha atención. ¡Quién hubiera podido prever en aquellos momentos que las relaciones cordiales entre Francia y Turquía iban a tener su principio en las misivas del rey prisionero en Madrid a Solimán!

Los occidentales se han acostumbrado a llamarle Solimán el Grande y el Magnífico, aunque los turcos prefieren llamarle Solimán *Kanuni*, o sea el de los cánones, que querrá decir *el Legislador*. Es imposible describir en un libro como el nuestro las grandes reformas que representa la legislación de Solimán. El Imperio quedó dividido en veintiún gobiernos, casi autónomos, y éstos, a su vez, subdivididos en 250 *sanjaks* o provincias. Incluía dentro de sus fronteras por lo menos veinte razas, con una historia muy antigua, pero que no manifestaron deseos de emanciparse hasta el siglo pasado. En algo contribuía a esta disciplina la idea del califato, asociado bien o mal a la persona del sultán; pero, además, la distribución de tierras resultaba favorable a un equilibrio de poderes. Las tierras de dominio público de los países conquistados habían sido divididas en feu-

BREVE CRONOLOGIA DE LA FORMACION DEL IMPERIO TURCO

	Monarca		Occidente		Asia Menor
1326	Orkhan	1354	Las tropas otomanas cruzan los Dardanelos y toman Gallípoli.		
1359	Murad I	1366	El sultán traslada la capital a Adrianápolis, en territorio griego; principio de la conquista de los Balcanes.		
		1389	El avance turco en los Balcanes prosigue; en la batalla de Kosovo es aniquilada la resistencia servia.		
1389	Bayaceto I	1396	La cruzada cristiana dirigida por el emperador Segismundo fracasa en Nicópolis al intentar oponerse a los turcos.		Expansión de los turcos por Asia Menor sin que los principados turcos acierten a coordinar su defensa.
		1399	Penetración progresiva en Valaquia.	1402	Tamerlán, aliado a los turcomanos, aplasta a los turcos en Angora.
1403	Solimán I Muza				
1413	Mahomed I				
1421	Murad II	1422	Sitio de Constantinopla por los turcos.		
		1430	Los turcos toman Tesalónica.		
		1444	Húngaros, polacos y rumanos intentan detener a los turcos y son derrotados en Varna.		
1451	Mahomed II	1453	Caída de Constantinopla.		
		1460	Ocupan el Epiro y Tesalónica.	1461	Conquista del principado autónomo de Trebisonda.
		1462-63	Valaquia queda sujeta al vasallaje de Constantinopla. Ocupación de Bosnia.	1466	Conquista del principado de Karaman.
		1468	Albania es totalmente conquistada por los turcos.		
1481	Bayaceto II				
1512	Selim I			1514	Conquista de Kurdistán y Armenia.
				1516	Conquista de la Alta Mesopotamia y Siria.
				1517	Conquista de Egipto.
1520	Solimán el Magnífico	1521	Conquista de Belgrado.		
		1522	Conquista de Rodas.		
		1526	Los húngaros, derrotados en Mohács.		
		1532	Sitio de Viena.	1534	Llegada a Bagdad.

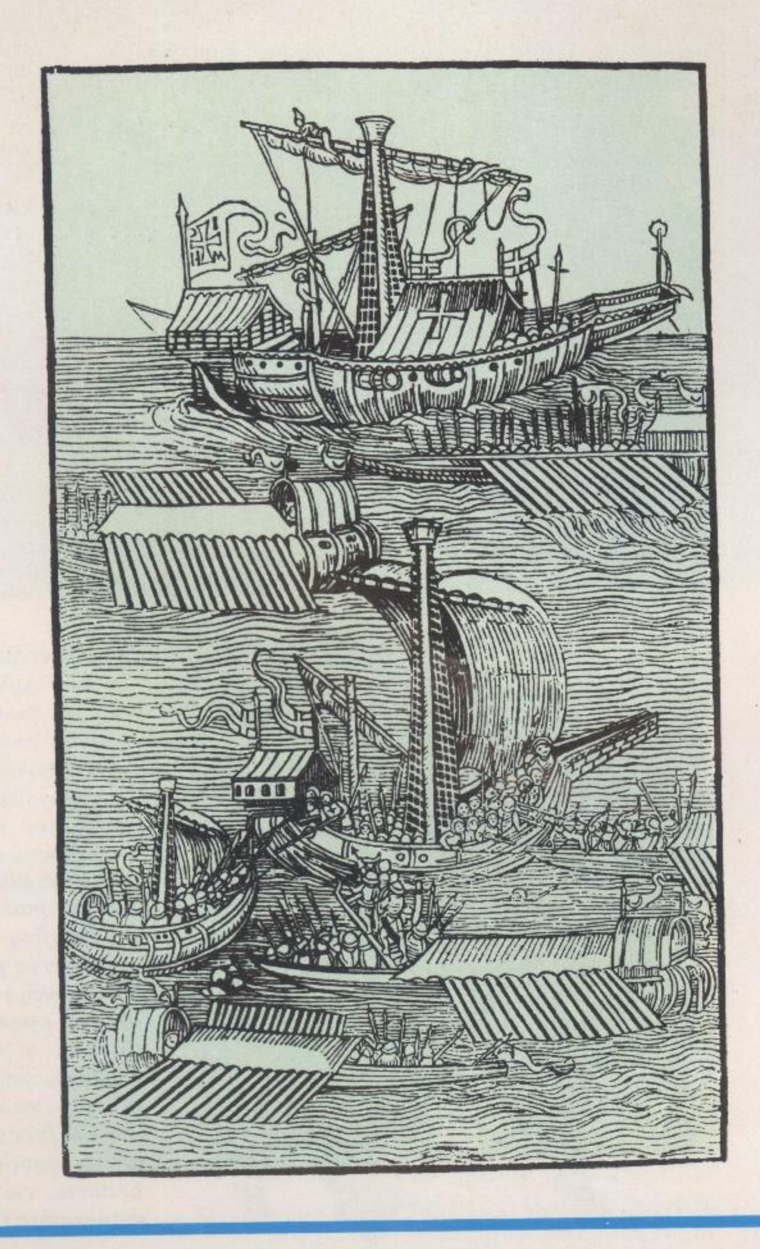
dos, llamados *timars* y *ziamets;* estos últimos eran mucho mayores y sus propietarios tenían también mayores obligaciones con el estado. No sería una novedad encontrar aquí a los osmanlíes reincidiendo en un feudalismo poco favorable a la agricultura; pero la singularidad de la subdivisión del dominio público entre los osmanlíes proviene de que las hembras no podían heredar, y en caso de faltarle descendencia masculina a un gran feudatario, el estado heredaba los feudos y el sultán los concedía a *hombres nuevos* que se habían distinguido recientemente. Turquía careció, pues, de esas familias anquilosadas de la vieja aristocracia europea que resisten con todas sus fuerzas a cualquier idea de transformación.



Solimán el Magnífico, según un grabado contemporáneo de Hopfer. Aunque extendió el Imperio por Asia, no dejó de ampliarlo por Europa; así, se apoderó de Belgrado, derrotó a los húngaros en Mohács, ocupó a Buda y sitió a Viena, en acción combinada con las fuerzas de la Reforma en Alemania y del rey de Francia, en guerra contra el emperador Carlos V.

BIBLIOGRAFIA

Babinger, F.	*Mehmed der Eroberer und seine Zeit,* Munich, 1953.
Ertaylon, I. H.	*Sultan Cem,* Istambul, 1951.
Gibbons, H. A.	*The foundation of the Ottoman empire,* Oxford, 1916.
Hammer-Purgstall, J. von	*Geschichte des osmanischen Reiches,* Pest, 1827-1835.
Köprülü, M. F.	*Les origines de l'Empire Ottoman,* París, 1935.
Lybier, A. H.	*The government of the Ottoman Empire in the time of Sulayman the Magnificent,* Cambridge (Mass.), 1913.
Merriman, R. B.	*Suleyman the Magnificent,* Cambridge (Mass.), 1944.
Ranke, L. von	*Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16. u. 17.Jhdt.,* Hamburgo, 1928.
Wittek, P.	*The Rise of the Ottoman empire,* Londres, 1938.



Combate entre naves cristianas y turcas, según un grabado del siglo XVI. La alianza de Solimán con el rey de Francia y con el bey de Argel llevó la intranquilidad, en forma de ataques piráticos, a las costas del Mediterráneo occidental.